

## **Darío Jaramillo Agudelo: Portavoz del universo cronístico latinoamericano**

Carlos Mario Correa Soto

Profesor de la Escuela de Humanidades

Universidad EAFIT

ccorrea9@eafit.edu.co

### **Resumen**

En *Antología de crónica latinoamericana actual* (Alfaguara, 2012) el escritor colombiano Darío Jaramillo Agudelo, en su condición de editor, llega a una conclusión desafiante: “la crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica”. Esta ponencia describe cómo en el estudio preliminar de su libro, Jaramillo Agudelo se desplaza cauteloso por las arenas movedizas de la historia y las características de un género en constante tránsito y que ahora nos produce una mayor incertidumbre, aferrado como sigue al papel e instalado en el territorio del periodismo omnipresente de nuestro tiempo. También detalla cómo en la selección —injusta como todas las de su estilo— incluye 53 relatos de un grupo de autores representativo de los denominados Nuevos cronistas de Indias, entre ellos de consagrados como Juan Villoro, Martín Caparrós, Juan José Hoyos, Alberto Salcedos Ramos, Pedro Lemebel, María Moreno, Leila Guerriero o Gabriela Wiener, en los cuales figuran los temas recurrentes de este tipo de escritura: crimen, narcotráfico, marginación, prostitución, pandillas, música, fútbol, migraciones forzadas, vida urbana, extravagancia y rareza. Es decir, las realidades en las que se sumergen los cronistas latinoamericanos de hoy sin la urgencia de producir noticias para, en cambio, tratar de “hacer arte sin necesidad de inventar nada”, en palabras de Jaramillo Agudelo.

**Palabras clave:** Darío Jaramillo Agudelo, crónica latinoamericana, Nuevos cronistas de Indias, periodismo narrativo, no-ficción, crónica, reportaje, historias, testimonios.

**Contra el imperio de Cronos**

En abril de 1999, Coca-Cola, la bebida gaseosa más bebida en todo el mundo fue “derrotada” por la peruana Inca Kola, de “color orina y sabor a chicle” como la describieron los cronistas Marco Avilés y Daniel Titinger. Ellos recuerdan el suceso en el que Douglas Ivester, el entonces presidente de la compañía que produce a la negra imperial, aceptó el descalabro en la ciudad de Lima tras tomarse en público varios tragos de la amarilla que prefieren los peruanos, en una actitud que les hizo recordar a los presentes el episodio bíblico de Goliat arrodillándose ante David luego de la pedrada en la frente.

Cuatro años después el suceso fue contado en “El imperio de la Inca”, la crónica más leída en la historia de la revista *Etiqueta Negra*<sup>1</sup>; traducida al francés, al italiano e incluso al japonés y publicada en revistas, libros y sitios de internet de varios países. Detrás de esta historia se encuentra la aventura de dos periodistas jóvenes que emprenden el reto de escribir como no lo habían hecho antes: a cuatro manos y con el riesgo permanente de naufragar en un océano de información, o de no poder descubrir en él nada revelador. El punto de partida era inaudito y, por eso, tentador: Inca Kola, una gaseosa de un país tercermundista, le ganaba en ventas a la multinacional Coca-Cola. ¿Cómo se podía contar esa historia?

---

<sup>1</sup>Desde sus inicios en el 2002, primero bimestral y luego mensualmente, cada número de *Etiqueta Negra* aborda un determinado tema —dinero, viajes, cine, erotismo, moda, cocina, etc. — desde distintas perspectivas y géneros: de la crónica fotográfica al ensayo, del reportaje a la entrevista.

En marzo del 2007 fue relanzada luego de un número de despedida del que fuera su director, Julio Villanueva Chang, quien dejó la revista para dar paso a Daniel Titinger en la conducción. *Etiqueta Negra* reapareció con un nuevo diseño, presentando columnas mensuales en una sección nueva denominada *Supermercado* y un cuento inédito en cada número. En diciembre de 2010 se celebró la edición número 100 de la revista. Y en 2011 Villanueva Chang regresó para hacerse cargo otra vez de la revista.

*Etiqueta Negra* da a sus colaboradores el nombre de cómplices. Ha publicado textos de importantes escritores e intelectuales como Jorge Luis Borges, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Monsiváis, Juan Villoro, Jon Lee Anderson, Martín Caparrós, Fernando Savater, Joaquín Sabina, Jaime Bayly, Alberto Fuguet, Susan Orlean, Iván Thays y Oliver Sacks.

A pesar de su corta vida, *Etiqueta Negra* se ha convertido, por su rigor, calidad y originalidad, en una revista de culto y llega a varias partes del mundo.

Sólo teníamos una semana y media para reportar y dos para escribir —recuerdan Avilés y Titinger (2012) —. Eso, cuando tú tema parece importante, se convierte en un problema. Peor cuando los editores te dicen: Queremos un texto de unas seis mil palabras...Nosotros éramos reporteros de día a día de un periódico. El texto más grande que habíamos escrito en nuestras vidas tenía, como máximo, mil palabras. Y seguro que nos habíamos demorado un par de semanas en investigar y escribir. Ahora nos pedían seis mil. Y si da para más, escriban sin miedo.

Aceptaron el reto y en julio de 2003 sacaron al público su resultado en el número 7 de *Etiqueta Negra*. Un trabajo contra el tiempo y a tiempo, tras librar esa lucha siempre desigual contra Cronos y que en este caso evidencia de manera notable el carácter que tiene la crónica periodística latinoamericana actual.

“El imperio de la Inca” es uno de los relatos que incluyó Darío Jaramillo Agudelo en el libro *Antología de crónica latinoamericana actual* (2012) —una selección injusta como todas las de su estilo— junto con los trabajos de un grupo de autores representativo de los denominados Nuevos cronistas de Indias, entre ellos de reconocidos como Juan Villoro, Martín Caparrós, Juan José Hoyos, Alberto Salcedos Ramos, Pedro Lemebel, María Moreno, Leila Guerriero o Gabriela Wiener, en los cuales figuran los temas recurrentes de este tipo de escritura: crimen, narcotráfico, marginación, prostitución, pandillas, música, fútbol, migraciones forzadas, vida urbana, extravagancia y rareza.

Es decir, las realidades en las que se sumergen los cronistas latinoamericanos de hoy sin la urgencia de producir noticias para, en cambio, tratar de “hacer arte sin necesidad de inventar nada”, en palabras de Jaramillo Agudelo.

El escritor colombiano, incluso, hace una advertencia desafiante: “la crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica” (2012: 11).

La antología ofrece a los lectores 650 páginas divididas en tres secciones. La primera, titulada “Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno”, constituye un estudio preliminar en donde Jaramillo Agudelo propone un recorrido histórico, de “un cuento que tiene su alzas y sus caídas” —dice— que comienza con una referencia a los relatos de los conquistadores españoles, luego pasa al siglo XIX en donde menciona los

“cuadros de costumbres” y “el auge modernista”; al que le sigue un largo período de tiempo en el siglo XX en que la crónica permanece “casi a escondidas” durante una época en que la noticia escueta y la prisa informativa se convierten en dogma excluyente del periodismo; hasta decenios después cuando, “forzada a encontrar su propio territorio, la crónica, que permanecía larvada, renace a través de libros y de la publicación fragmentada en varias entregas en periódicos y revistas que no consideran la publicación de un texto largo de una sola vez” (2012: 13).

Es en ese momento —en la segunda mitad del siglo XX, explica el antólogo— cuando aparecen los clásicos modernos de la narrativa periodística latinoamericana de hoy; Gabriel García Márquez, Tomás Eloy Martínez, Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, quienes forman parte de ese parnaso de padres (¡y madres!) fundadores reconocidos en todo el continente; junto a los que llamó “pequeños dioses locales que escribieron excelsas crónicas” (2012:13) y han sido importantes siempre en cada país del continente.

Entrados el siglo XXI —expone Jaramillo Agudelo—, la crónica latinoamericana ha creado su propio universo, una extensa red de revistas que circulan masivamente y que se editan en diferentes ciudades del continente. “Hay abundante producción de crónicas en forma de libros que pasan rápidamente a figurar en las listas de los más vendidos. Hay autores reconocidos en el mundo de la crónica, hay encuentros de cronistas, hay premios de crónica” (2012:12).

La segunda sección del libro, titulada “Los cronistas escriben crónicas”, está compuesta por 53 crónicas escritas por 46 autores de diez países latinoamericanos. En esta selección Colombia fue el país que más participó y lo hizo con diez autores, le sigue Argentina con nueve, México con ocho, Perú con seis, Chile con cinco, El Salvador con tres, Uruguay con dos, y República Dominicana, Venezuela y Bolivia con uno.

En la tercera parte, titulada “Los cronistas escriben sobre la crónica”, recoge las definiciones sobre el género que dieron algunos autores en talleres, seminarios o coloquios. Leila Guerriero, Juan Villoro, Julio Villanueva, Martín Caparrós, Boris Muñoz y Alberto Salcedo fueron los elegidos para hablar en esta sección.

En el estudio preliminar del libro —para estar a tono con estos cronistas—, Jaramillo Agudelo se desplaza cauteloso por las arenas movedizas de la historia y las características de un género en constante tránsito, el cual ahora nos produce una mayor incertidumbre, aferrado como sigue al papel e instalado en el territorio del periodismo omnipresente de nuestro tiempo.

Por ejemplo, entra a terciar, junto a los propios cronistas y a los profesores de periodismo, en el debate; un “debate crónico” (Carrión, (2012: 31) —que califica como de inútil pero ineludible— por definir “crónica”; y en cuanto a las maneras de reconocerla, explica que: “la crónica suele ser una narración extensa de un hecho verídico, escrita en primera persona o con una visible participación del yo narrativo, sobre acontecimientos o personas o grupos insólitos, inesperados, marginales, disidentes, o sobre espectáculos y ritos sociales” (2012: 17).

A renglón seguido, aclara que ensaya su propia definición de crónica “no para casarme con ella, o para usarla como una armadura. Sólo lo hago para seguir el juego, para contribuir a la confusión general” (2012: 17).

Cuenta Jaramillo Agudelo que *Antología de crónica latinoamericana actual*, una aventura de dos años preparando la selección de los textos, le demostró que es imposible hacer una antología completa de la crónica latinoamericana contemporánea en el formato de un libro cómodo para leer, porque se trata de un “filón riquísimo” y hay buenas crónicas y excelentes cronistas...pero le fue imposible abarcarlos a todas y a todos en un solo tomo.

En todo caso, en la selección —asegura el autor— uso el criterio de la calidad literaria. Y precisa que: “He procurado hacer un libro de lectura apasionante, con historias inolvidables, espléndidamente escritas. Lo he pasado por el criterio de varios lectores, unos del mundo de la crónica, otros simples lectores viciosos. Y, con esas ayudas, creo que logré un libro que puede llevarse a una isla desierta sin temor a aburrirse” (2012:47).

### **La apuesta por el ornitorrinco**

Ahora bien, lo que prueba el libro de Jaramillo Agudelo es que en varios países latinoamericanos, la crónica —animal portentoso, “el ornitorrinco de la prosa” como la define Juan Villoro— es ahora un caballito de batalla en muchas redacciones de periódicos, suplementos literarios, revistas y *blogs*; y parece ser la carta de triunfo que, con su capacidad para iluminar los acontecimientos, podría restituirle el alma a muchos medios impresos y digitales.

Aunque en esta parte del mundo siempre hubo cronistas y crónicas. También es cierto que hubo unos años, en la segunda mitad del siglo XX, en la que ambos se notaron por su ausencia, y apenas si se les pudo ver en el exilio en algunos libros.

Ahora hay cosecha de cronistas y de crónicas en Latinoamérica. Los vemos y las vemos por ahí; las leemos y las degustamos, y aquí hacemos eco de quienes también se han dado cuenta del asunto.

Veamos, por ejemplo;

El 12 de julio de 2008 la edición 868 de *Babelia* —suplemento cultural del diario *El País de España*— dedicó su artículo central a los *Nuevos Cronistas de América*, con un subtítulo en el que se indica que “el periodismo conquista la literatura Latinoamericana”. El reportaje se llama “La invención de la realidad” y está firmado por Carolina Ethel. Contiene una entradilla en la que se señala que para Gabriel García Márquez “una crónica es un cuento que es verdad”, y destaca que una nueva generación de cronistas de América Latina se ha lanzado a explorar el continente en busca de historias y “ha arrancado a la vida cotidiana una revolución literaria”.

Para Ethel, América Latina ha dejado de ser un continente inventado por la literatura para transformarse en un continente redescubierto por los autores del periodismo narrativo, quienes se han situado en la vanguardia literaria, con su avidez por contar historias; las mismas que han pasado y que están pasando frente a sus sentidos de rastreadores impacientes.

En octubre de 2012, el escritor nicaragüense Sergio Ramírez se refirió al Segundo Encuentro de Nuevos Cronistas de Indias, celebrado ese mismo mes en ciudad de México, y destacó que la crónica encamina al periodismo en los albores de este incierto siglo

veintiuno, y cuando se examina la nómina de los convocados, más de setenta de España y América, islas y tierra firme, se da cuenta de que es, sobre todo, un oficio de jóvenes, y entre los jóvenes, no pocas mujeres; dedicados a “un viejo oficio, al que la crisis del periodismo abre nuevos espacios. En crisis no porque vaya a desaparecer, sino porque está cambiando, y lo viejo no acaba de morir, ni lo nuevo acaba de nacer” (2012).

En Bogotá, en julio del 2009, el director de la revista *el malpensante*, Mario Jursich Durán, expresó en público la hipótesis<sup>2</sup> según la cual si se hablara de un nuevo *boom* de la literatura latinoamericana no sería en el campo de la ficción sino de la crónica, y para probarlo bastaría comenzar por examinar los libros publicados en lo que va corrido el siglo XXI con piezas antológicas del género.

Mientras Jursich se atrevió a hablar de *boom* otros lo hacen de auge, de movimiento o de moda, y otros no quieren ni oír hablar de ninguno de éstos, entre ellos el cronista Alberto Salcedo Ramos quien dice que le gustaría que se hablara menos del asunto; y entre los más suspicaces está el maestro Caparrós quien en una perorata —de octubre del 2008— que tituló “Contra los cronistas”, señala que éstos ahora “[...]. Son plaga módica, langostal de maceta, marabunda bonsái. Vaya a saber cómo fue, qué nos pasó, pero ahora parece que el mundo está lleno de unos señores y señoras que se llaman cronistas. Debe ser que les conviene o que queda bonito [...]”. Y considera que cuando las páginas más distinguidas de la cultura hispana “sancionan con tanto bombo una tendencia, la desconfianza es una obligación moral” (2012: 613-614).

Pero se trata de una perorata y no son muchos los que le han parado oídos.

Por el contrario, nos parece que han calado más opiniones como las de Darío Jaramillo Agudelo —antes mencionadas— quien se atrevió a ponderar que la crónica periodística “es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en

---

<sup>2</sup>Jursich Durán expresó sus puntos de vista sobre la vigencia de la crónica periodística en la presentación del libro *Frutos extraños* de la argentina Leila Guerriero, el 23 de julio de 2009. Y no es que haya una crisis de la novela o el cuento —indicó—sino que, vistos en conjunto, “están pasando cosas más importantes en el periodismo latinoamericano que en la literatura.”

Latinoamérica”. Eso sí —aclaró— “sin negar que se escriben buenas novelas y sin hacer el réquiem de la ficción” (2012: 11).

### **El perfil de los temas**

Bajo un criterio, si se quiere caprichoso, identificamos las crónicas incluidas por Jaramillo Agudelo en su antología de acuerdo a doce asuntos porosos: la persistente violencia o la violencia crónica; sucesos, oficios y memorias; narcos, tribus urbanas y pandillas; testigos y testimonios; el rebusque de cada día (o “rebusque menor”); anécdotas e ironías; animales y hombres; géneros musicales y deportes (apasionadamente el fútbol); quién es quién (o perfiles); tinta roja (o crónica policial o de sucesos); lugares, paisajes y naturalezas, y los oficios periodístico y literario.

Muchas de las crónicas tienen más puntos de contacto que de separación y pueden hacer parte de varias de estas cuestiones. Eso sí, la violencia con sus diferentes manifestaciones y actores, es transversal a casi todas ellas.

Los cronistas latinoamericanos viven y cuentan la urbe. Bajo la tarea de encontrar un tema, recorren sus ciudades con ojos atentos, descubren y redescubren esquinas, parques y negocios. La urbe en su más pura cotidianidad es de su común interés: carnicerías, galerías de mercado, bares y tabernas, teatros y cementerios, bulevares y parques. Lo que no es noticia pero sí es historia. Los centros de las ciudades son el foco de atención principal, calles efervescentes de personas, negocios, automóviles, buses y sistemas de transportes masivos.

Un subgénero de la crónica muy utilizado es el perfil —también identificado por editores y periodistas en Colombia como retrato o semblanza—; un relato que gira sobre la vida de un personaje y que busca, a partir de entrevistas con el “perfilado”, con quienes lo rodean y con el acopio de información documental, responder a las preguntas ¿quién es quién?, y ¿cómo es quién?, o ¿quién era quién?, y ¿cómo era quién? en su estilo de obituario. El personaje no necesariamente debe ser famoso o relevante para la vida pública de una sociedad. Por el contrario, puede ser cualquier persona, algunas con características físicas y psicológicas particulares o vidas trajinadas por muchos caminos; en todo caso, historias dignas de ser reveladas con una marcada intención épica.



Una de las similitudes entre la crónica de perfil que se escribe, por ejemplo, en Estados Unidos y la que se escribe ahora en los países latinoamericanos, tiene que ver con la búsqueda de la historia secreta de alguien que ya es conocido, pues en sociedades mediáticas y tan adictas a la fama, el desafío es conocer la zona incierta de las celebridades. No obstante, ha sido lugar común que los cronistas latinoamericanos preferentemente personas olvidadas o desconocidas, poco tratadas o distorsionadas por el discurso oficial. En palabras del maestro Villoro: “Si los cronistas norteamericanos buscan la vida secreta de las famas públicas, los cronistas latinoamericanos buscan las historias que subyacen bajo la ignorancia o la impunidad” (Escobar, 2006: 263).

### **Un laboratorio de reportería y narración**

Una lectura atenta de las crónicas latinoamericanas seleccionadas por Jaramillo Agudelo en su libro permite examinar cuáles fueron las metodologías y las maniobras de reportería empleadas por los escritores. Sobre todo, prima la entrevista como la herramienta principal para obtener información de las personas. Acuden a distintas fuentes de información testimonial y documental para construir un intercambio de opiniones y versiones en sus historias, como lo demandan los cánones del periodismo comprometido.

En la mayoría de los casos sus autores recurrieron a un trabajo paciente de inmersión para compenetrarse con las vidas de los protagonistas de sus historias. El cronista latinoamericano saca el tiempo para vivir los hechos, acercarse a la gente, visitar varias veces un lugar. Acompañan a sus personajes en sus jornadas laborales, de descanso o diversión; recorren calles y lugares escuchando sus testimonios y sus anécdotas, observándolos en su ambiente natural; inclusive varios de los periodistas se arriesgan con prácticas de obtención de información a través de la suplantación de personas y del periodismo *gonzo*, pues para estos reporteros el periodismo es una aventura que conlleva el riesgo personal en diversas actuaciones temerarias.

Los cronistas latinoamericanos viajan a los lugares de los hechos a pesar de los recursos insuficientes que para viáticos tienen varias de las revistas que los acogen. Viajan —como mínimo hacen el viaje a pie al centro y a las barriadas de sus ciudades— para entrevistar personajes, descubrir historias y permitir que sus sentidos entren en contacto con la vida

esencial de gente a la que, del amanecer al anochecer, podrán contemplar con sus propios ojos puestos en los detalles. La atenta observación es una característica esencial para luego en sus textos recrear las escenas que experimentaron en su momento: con colores, sonidos, sabores y olores.

Por otro lado, los reporteros reconocen la importancia de nutrir sus crónicas con la búsqueda de documentación de los temas que tratan: informes de oficinas públicas u organizaciones no gubernamentales, noticias, documentos legales, archivos de prensa, enciclopedias, fotografías, videos, grabaciones, textos académicos, datos estadísticos e históricos.

La narrativa cronística latinoamericana actual por su misma condición formal y de contenido es de tipo sensacionalista<sup>3</sup> y de tendencia melodramática: exhorta al lector desde los titulares y desde los primeros párrafos; despierta su curiosidad, le genera emociones y pasiones, muchas de ellas contradictorias; lo confronta con su realidad inmediata, lo hace sentirse el protagonista o el antagonista de las historias.

La crónica por su propio temperamento es sumamente emotiva y por eso en los ejemplos de sus mejores piezas se nota el esfuerzo de los narradores por captar y por dramatizar la vida misma. Para lo cual necesitan tener un conocimiento y una destreza de la técnica narrativa. Deben tener talento y oficio, pues sin éste no hay talento que valga. Las descripciones, por ejemplo, las construyen con especial cuidado cuando buscan escenificar un espacio o una situación. Lo que captan los sentidos y los detalles hace parte fundamental en el momento de encuadrar un instante.

También apreciamos cómo en las crónicas incluidas en la antología de Jaramillo Agudelo la utilización de diálogos es un recurso recurrente para caracterizar a los personajes; éstos se reflejan reales cuando se les pone a hablar a través de sus expresiones, ritmos y

---

<sup>3</sup> La referencia es básicamente al significado que el Diccionario de la Real Academia Española (RAE) le da al término sensacionalismo (correspondiente al adjetivo sensacional): “tendencia a producir sensación, emoción o impresión con noticias, sucesos, etc.” (Disponible en <http://buscon.rae.es/drae/srv/search?val=sensacional> ) Y que corresponde a una tendencia que en este sentido es perceptible en el estilo y en el contenido de la escritura en muchas de las crónicas latinoamericanas contemporáneas.

equivocaciones. Es así como en varios casos, los cronistas deciden dejar hablar a sus personajes con su lenguaje propio y con la estructura de su narrativa coloquial. Del mismo modo, la decisión de narrar un fragmento de la crónica por medio de un diálogo específico, ubica al lector desprevenido como observador silente de una escena. Además, la crónica, por su vínculo con la actualidad, es especialmente permeable a la lengua coloquial, a las distintas jergas que se hablan al día de hoy.

Los periodistas encuentran en la crónica un espacio para la experimentación narrativa y, a propósito de esa experimentación, una de las que más se nota en la escritura de los cronistas latinoamericanos es el uso decidido del punto de vista —de la voz— en primera persona.

“La crónica, además, es el periodismo que sí dice yo. Que dice existo, estoy, yo no te engaño”, destaca Caparrós. Por supuesto —advierte— la diferencia está “entre escribir en primera persona y escribir sobre la primera persona” (2012: 610-611).

Además, podemos verificar que las crónicas seleccionadas por Jaramillo Agudelo en su libro buscan equilibrar los dos componentes más importantes que la “especie” ostenta en la actualidad en Latinoamérica: una reportería periodística de largo aliento y un trabajo narrativo concienzudo. Es así como encontramos crónicas llenas de datos e información, pero también narradas con un talante, un ritmo y una consistencia que buscan captar la atención del lector y cautivarlo —dejarlo sin aliento— hasta el final de sus líneas.

Veamos un ejemplo en el que a nuestro juicio se juntan varias de las características, formales y de contenido, de la crónica latinoamericana actual. Es un fragmento de “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”, del colombiano Alberto Salcedo Ramos:

En seguida arrancaron a los pobladores de sus casas y los condujeron como borregos de sacrificio hacia la cancha. Allí —aquí— los obligaron a sentarse en el suelo. En el centro del rectángulo donde normalmente es situado el balón cuando va a empezar el partido, se plantaron tres de los criminales. Uno de ellos blandió un papel en el que estaban anotados los nombres de los lugareños a quienes acusaban de colaborarle a la guerrilla. En la lista, después de Novoa Alvis, seguía Nayibis Osorio. La arrastraron prendida por el pelo desde su casa hasta el templo, acusada de ser amante de un comandante guerrillero. La sometieron

al escarnio público, la fusilaron. Y a continuación, en el colmo de la sevicia, le clavaron en la vagina una de esas estacas filosas que utilizan los campesinos para ensartar las hojas de tabaco antes de extenderlas al sol (2012:102).

Entonces, como al parecer no quedaban más nombres pendientes en la lista, los paramilitares se inventaron un juego de azar perverso para prolongar la pesadilla: pusieron a los habitantes en fila para contarlos en voz alta. La persona a la cual le correspondiera el número 30 —advirtió uno de los verdugos— estiraría la pata. Así mataron a Hermides Cohen Redondo y a Enrique Medina Rico. Después llevaron su crueldad, convertida ya en un divertimento, hasta el extremo más delirante: de una casa sacaron un loro y de otra un gallo de riña, y los echaron a pelear en medio de un círculo frenético. Cuando, finalmente, el gallo descuartizó al loro a punta de picotazos, estalló una tremenda ovación (2012:103).

El viernes 18, ya durante la invasión, forzaron las casas que permanecían cerradas y ametrallaron a sus ocupantes. Cometieron abusos sexuales contra varias adolescentes, obligaron a algunas mujeres adultas a bailar desnudas una cumbiamba. Por la noche les ordenaron a los sobrevivientes regresar a sus moradas. Pero eso sí: les exigieron que durmieran con las puertas abiertas si no querían amanecer con la piel agujereada. Entre tanto ellos, los bárbaros, se quedaron montando guardia por las calles: bebieron licor, cantaron, aporrearon otra vez los tambores, hicieron aullar las gaitas. Se marcharon el sábado 19 de febrero, casi a las cinco de la tarde. A esa hora los lugareños corrieron en busca de sus muertos. El panorama con el cual se toparon era lo más horrendo que hubiesen visto jamás: la cancha que con tanto esfuerzo les habían construido a sus hijos cinco años atrás, estaba convertida en una cloaca de matadero público: manchones de sangre seca, enjambres de moscas, atmósfera pestilente. Y, para rematar, los cerdos callejeros les caían a dentelladas a los cadáveres, corrompidos ya por el sol (2012:103).

No obstante, la crónica periodística latinoamericana actual, a pesar del desasosiego que transmite en un alto porcentaje de sus relatos, es muy entretenida para leerla en silencio o en voz alta. Sus autores le tienen pavor a ser aburridores tanto con sus historias como con la manera de escribirlas. Por lo tanto nos parece que justamente, es como antídoto contra el aburrimiento que en gran medida todos ellos recurren a la búsqueda de asuntos, sucesos y personas sorprendentes. El arquetipo de esta crónica no es la noticia sino el asombro, como

su ingrediente central (Jaramillo: 2012: 34). Mientras que su finalidad es múltiple: investigar, documentar, describir, retratar, informar, emocionar y entretener.

En este orden de ideas, apreciamos la histórica y férrea conciencia de familia que tiene la crónica latinoamericana, pues el asombro fue la base de las crónicas de los antiguos cronistas de Indias; lo fue para los cronistas del Modernismo a finales del siglo XIX y para los cronistas del siglo XX, y lo es para los Nuevos cronistas de Indias y para los aprendices de cronistas, en el siglo XXI.

En todo caso, en sus crónicas —estamos seguros— el lector va a encontrarse con la vida y con la muerte de la gente, sin afeites...especialmente con la vida de la gente que, en palabras de Alice Munro, Premio Nobel de Literatura en el 2013, “es suficientemente interesante si tú consigues —como lo consiguen los cronistas incluidos en el libro de Darío Jaramillo Agudelo— captarla tal cual es, monótona, sencilla, increíble, insondable<sup>4</sup>”.

### **Referencias bibliográficas**

Avilés, Marco y Titinger, Daniel (2012). “¿Cómo se hizo Inca Kola (El reportaje, no la gaseosa)”. En: <http://www.slideshare.net/cterrones/cmo-se-hizo-inca-kola-el-reportaje-no-la-gaseosa-marco-avils-y-daniel-titinger-etiqueta-negra> (Consultado el 28 de febrero de 2015).

Caparrós, Martín. (2012). “Contra los cronistas”. En: Jaramillo Agudelo, Darío (ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual*. Bogotá: Alfaguara, pp. 613-615.

Carrión, Jorge (2012).”Prólogo: mejor que real”. En: Carrión, Jorge (Ed.) *Mejor que ficción*. Barcelona: Editorial Anagrama, pp. 13-43.

Escobar, Froilán y Rivera Ernesto. (Editores) (2006). “Entrevista a Juan Villoro”. En: *Crónicas latinoamericanas: periodismo al límite*. México: Ediko, pp. 263.

---

<sup>4</sup> “Libros y frases imperdibles de Alice Munro”. En: *Canal Cultura*. Disponible en: <http://canalcultura.org/2013/10/11/libros-y-frases-imperdibles-de-alice-munro-nobel-literatura-2013/> (Consultado el 4 de febrero de 2014).

Ethel, Carolina (2008). “La invención de la realidad”. En: Babelia, No. 868, El País, 12 de julio de 2008. Disponible en: [http://elpais.com/diario/2008/07/12/babelia/1215819552\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2008/07/12/babelia/1215819552_850215.html) (Consultado el 26 de julio de 2014).

Falbo, Graciela (ed), (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito: la crónica contemporánea en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Al Margen.

Jaramillo Agudelo, Darío (2012). “Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno”. En: Jaramillo Agudelo, Darío (ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual*. Bogotá: Alfaguara, pp. 11-47.

Ramírez, Sergio (2012). “Los nuevos cronistas de Indias”. Bogotá: *El Tiempo.com*. En: [http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/sergioramirez/ARTICULO-WEB-NEW\\_NOTA\\_INTERIOR-12338574.html](http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/sergioramirez/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12338574.html) (Consultado el 9 de diciembre de 2013). Y también disponible en: [http://www.sergioramirez.com/site\\_sergio/articulos/nuevoscronistasdeindias.html](http://www.sergioramirez.com/site_sergio/articulos/nuevoscronistasdeindias.html) (Consultado el 9 de diciembre de 2013).

Salcedo Ramos, Alberto (2012). “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”. En: Jaramillo Agudelo, Darío (ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual*. Bogotá: Alfaguara, pp. 101-110.

Samper Ospina, Daniel (2008). “Prólogo”. En: *SoHo — Crónicas—*. Bogotá: Aguilar, pp.11-22.